

MISA CRISMAL - 2015 (Valencia)

Muy querido hermano Obispo, **D. José**; muy queridos hermanos sacerdotes y diáconos; religiosos y religiosas; fieles cristianos laicos; seminaristas; muy queridos todos, hermanos y hermanas en el Señor. Esta Eucaristía, en la que se van a bendecir los óleos de catecúmenos y enfermos y consagrar el santo Crisma, es una manifestación privilegiada de la unidad misteriosa de la Iglesia diocesana, una bella e intensa expresión de ella, una hermosa imagen de la Iglesia del Señor, reunida y alentada por el Espíritu Santo, vivificada y santificada por Él. Es éste un buen momento, queridos hermanos y hermanas, para descubrir la Iglesia, pueblo sacerdotal, en su interioridad, y tornar conciencia de ella, para contemplarla, amarla, gozar de ella y servirla cada uno de nosotros desde nuestra propia vocación y misión. Esta Misa Crismal es la fiesta del sacerdocio cristiano, tanto del sacerdocio común de todo el pueblo de Dios, significado en el crisma del Bautismo y de la Confirmación, como del sacerdocio ministerial que se confiere por el sacramento del Orden con la imposición de manos y la unción del santo Crisma. Cristo, único y sumo Sacerdote, actualiza su único sacerdocio por el ministerio sacerdotal de hombres del pueblo santo a los que elige para que participen de su misión: para anunciar la buena noticia a los pobres. Como Cristo, muy queridos hermanos en la fraternidad sacerdotal sacramental que somos, hemos sido ungidos por el Espíritu Santo.

Unción quiere decir consagración, dedicación, pertenencia. Hemos sido segregados para pertenecer a Dios enteramente: Él es nuestro lote y nuestra heredad, no tenemos otro bien ni otra riqueza que Él; hemos sido dedicados por completo en cuerpo y alma a Dios: para dedicarnos a Él, para que Él actúe en nosotros y a través nuestro, para entregarnos a su voluntad, para darnos sin reservas a su obra, para confiarnos con cuanto somos y tenemos lo que Él nos encomienda, para que su amor se manifieste a los hombres, dándonos a ellos sin medida como prueba de que Dios los quiere así. Somos de Dios para los hombres; todo, en nosotros, es de Él y para que Él, infinito Amor, se muestre a los hombres y éstos puedan vivir de ese Amor. No nos pertenecemos. Miremos lo que esto significa; no nos pertenece ni nuestro tiempo, ni nuestras dotes, ni siquiera nuestra vida: son de Dios y de los hermanos, los hombres, a los que hemos sido enviados y entregados en nombre de Dios y por Él, para hacerle presente a Él, que se da todo, nos lo da todo y no se reserva nada para sí. Sacerdotes de Dios en todo momento, siempre dispuestos, siervos y servidores, pobres, gastándonos y desgastándonos siempre, perdiendo nuestra vida, dejándola a jirones por Dios y por los hombres a los que Él ama. No buscarnos honores, ni nos rodearnos de comodidades o seguridades, no nos importa pobreza o abundancia; no nos arredran dificultades, insultos, desprecios, calumnias o persecuciones; no nos hundan los fracasos; ni, por arduos que sean, escatimamos trabajos y sufrimientos necesarios. El Espíritu del Señor nos ha ungido para ser propiedad de Dios, sus siervos, dispensadores de sus misterios, servidores de los hombres y, en todo, prestos y atentos para servirles y dar gratis lo que gratis hemos recibido. Esta es nuestra paga:

servir a Dios, dar el don de Dios a los hombres. No podemos tener miedo; nada ni nadie puede asustarnos porque el Señor, nuestro Dios, va con nosotros.

Sólo Dios, sólo Él y nada más que Él, queridos sacerdotes y seminaristas, puede llenarlo todo y hacernos experimentar el sentido pleno de nuestra existencia. No tengamos miedo de darnos por completo a Él y a su obra. Al desaparecer el miedo, crece a la par la confianza en Dios, su fuerza y fortaleza en nosotros, la alegría de ser suyos, estar con Él, entregarnos de lleno a la misión. El gustar la alegría y la fuerza de la vida con Dios, nos hace percibir con vigor la gran urgencia de convertirnos en mensajeros del Evangelio vivo, que es su Hijo, y de echar las redes aunque la pesca hasta entonces haya sido escasa y estemos cansados hasta casi la extenuación. Así vamos a lo esencial que es Dios; así también estaremos en condiciones de conducir a los hombres a lo esencial, a Dios con rostro humano que es Jesús, y con Él buscaremos, anunciaremos y testificaremos, por encima de todo, a Dios.

Para nuestra vida sacerdotal, que con frecuencia se muestra tan compleja y cargada de cosas y acciones y que tanta dificultad encuentra en el mundo de hoy alejado intelectual y afectivamente de la fe y de la Iglesia, es necesario centrarnos en lo esencial. Aquí vuelvo a repetir lo de siempre: lo esencial es Dios, revelado en el rostro humano de su Hijo. Si no hablamos de Dios, nos quedamos siempre en las cosas secundarias. Cristo nos ha traído a Dios. Nosotros no podemos llevar y entregar nada más que a Dios, dado a conocer y gustar en Jesús, su Hijo venido en carne. No tenemos otro camino, ni otra aportación que ésta. El contexto cultural, el contexto mediático, sin embargo, ofrece un camino muy diferente a éste. Parece incluso que hace imposible ver a Cristo como camino cierto y válido o como centro de la vida, y vivir la vida como Él nos la muestra en fidelidad a Dios. Los hombres de hoy, sobre todo los jóvenes, deben percibir que no decimos palabras, ni hacemos ofrecimientos, que no hayamos vivido antes nosotros mismos, sino que hablamos y actuamos porque hemos encontrado y tratamos de encontrar de nuevo cada día la verdad, la verdad de Dios como verdad para nuestra vida. Para que nuestras palabras sean creíbles y tengan una lógica visible y convincente, es preciso que nosotros mismos sigamos ese camino, que nosotros mismos tratemos de que nuestra vida corresponda a la del Señor, a una vida conforme a Dios, que seamos testimonio real y fehaciente de Dios. Además, cuando se vive a Dios, cuando se vive de Él y en Él, cuando se vive desde Dios uno no puede callarlo, más aún siente la necesidad de comunicarlo, de hacerles partícipes a otros de esta vida tan gozosa, tan llena, tan con sentido y cargada de esperanza; siente que se desborda en sí mismo un amor grande a los demás para que no sean privados de esta gran esperanza y razón que nos embarga. Este es el camino que es necesario escoger: escoger a Dios, consagrarnos a Él. Quien avanza por el camino de la vida sin Dios, lo sabemos bien, al final se encuentra en la oscuridad, aunque pueda haber momentos en que le parezca haber hallado la vida. Avanzar el camino con Dios es fuente inagotable de alegría sacerdotal, manantial vivo de fortaleza en momentos oscuros, hontanar de aliento apostólico, garantía cierta de fecundidad en el ministerio.

Para esto, queridísimos hermanos sacerdotes y seminaristas, es preciso repetir una y otra vez, aunque me llaméis cansino, lo que en tantas ocasiones os he recordado, y ahora os repito: Cuidemos mucho la oración diaria, cuidemos mucho la liturgia, la meditación de la Palabra de Dios y la adoración eucarística, frecuentemos, como penitentes, el sacramento de la Penitencia. Además de la Eucaristía y de la

Liturgia de las Horas de cada día, del rezo del Santo Rosario, no deberíamos dedicar menos de una hora a la oración personal, estar ante el Sagrario, y un tiempo suficientemente prolongado a la lectura y estudio de la palabra de Dios, de la Tradición y del magisterio de la Iglesia. Orando y estudiando, con el auxilio del Espíritu Defensor que viene en nuestra ayuda, podremos edificar y consolidar en nosotros el hombre de Dios que debemos ser y que la gente espera que sea el sacerdote: Hombre de Dios, en expresión teresiana, "amigo fuerte de Dios".

Tened en cuenta que os digo todo esto en medio de un mundo que olvida a Dios, que vive como si no existiera, que pretende que desaparezca del espacio y horizonte de la vida pública, que con frecuencia incluso lo rechaza, y que busca edificarse a sí mismo sólo por él, sin Dios, a quien ve como superfluo o como antagonista del hombre y de su madurez, y retardatario de su progreso. Así el hombre y el mundo es más pobre, vive sin futuro y sin esperanza. Esta es la revolución cultural y social que padecemos en Occidente.

Hermanos sacerdotes, amigos seminaristas, seamos realistas y pongamos pie en tierra: nos hallamos inmersos en una profunda revolución cultural en Occidente: en España este cambio tiene unas connotaciones muy especiales, de todos conocidas. Pero esa revolución es real; no es imaginaria; tiene graves consecuencias. No se oculta ya el proyecto; porque es cierto: estamos ante un gran proyecto de cambio y de innovación de la sociedad; una gran obra de ingeniería social aspira a crear una sociedad propiciada por una nueva cultura, diferente radicalmente en sus principios y fundamentos, de donde venimos. Esta revolución cuenta con muchos medios e instrumentos puestos al servicio de los que la promueven y con alianzas de poderes muy influyentes. Para esta revolución cultural no existe naturaleza, no existe verdad del hombre, sólo libertad omnímoda. Todo es libertad y decisión. No hay ni cabe un orden moral único y universal válido en sí y por sí; todo depende de lo que se decida. El único orden que deberíamos establecer sería el orden que da libertad a todos; será la libertad la que nos hace verdaderos, no la verdad la que nos hace libres. El nexo individuo-familia-sociedad, en esta revolución, se pierde y la persona se reduce a individuo. No hay verdad, ni naturaleza, ni creación; sólo cultura. Los mismos derechos fundamentales, universales e inalienables del hombre quedan en entredicho y sustituidos por ampliación de nuevos derechos inexistentes. Se cuestiona aquí todo lo que significa y conlleva "tradición" e identidad; hay que hacer algo enteramente nuevo. Tal revolución, además, excluyendo en su base toda referencia a la dimensión trascendente del hombre, excluyendo a Dios, creador del hombre y que ama a cada hombre por sí mismo, comporta una visión laicista de la vida y de la sociedad en la que no caben ni Dios, ni hombre, ni persona, ni verdad objetiva alguna. El relativismo radical es otro de sus soportes y la negación de la grandeza y amplitud de la razón queda reducida. Todo esto tiene que ver con la fe y la razón, con el logro o con la quiebra del hombre, con un futuro abierto a la esperanza grande o sin futuro; no es una cuestión solo para los políticos o los pensadores, es de modo muy principal para nosotros pastores; seríamos irresponsables si todo esto no lo tuviéramos en cuenta para nuestra vida y ministerio de pastores. Tiempos duros, sin duda; tiempos para no quedarnos cruzados de brazos ni resignarnos, porque es mucho y fundamental lo que está en juego.

Todo esto está ya pesando y generando una mentalidad ambiental con la que nos topamos todos los días: las fuerzas mediáticas, las expresiones culturales, las legislaciones, etc. etc., están configurando una nueva manera de pensar, unos nuevos criterios de juicio en nuestras gentes.

Hermanos sacerdotes, el mundo necesita sacerdotes, hombres de Dios que testifiquen, anuncien y entreguen a Dios; "amigos fuertes de Dios". Hermanas y hermanos, recen a Dios por nosotros, sacerdotes. En la carta que el Papa Francisco ha dirigido al Sr. Obispo de Ávila con ocasión del quinientos aniversario de su nacimiento, el sábado pasado, ha dicho: "¿Y los sacerdotes? Santa Teresa diría abiertamente: no los olviden en su oración. Sabemos bien que para ella fueron apoyo, luz, y guía. Pero, sobre todo, la Santa oraba por ellos y pedía a sus monjas que estuvieran "todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia y predicadores y letrados que la defienden" (Camino 1,2). ¡Qué hermoso sería que la imitéramos rezando infatigablemente por los ministros del Evangelio, para que no se apague en ellos el entusiasmo ni el fuego del amor divino y se entreguen del todo a Cristo y a su Iglesia, de modo que sean para los demás brújula, bálsamo, acicate y consuelo, como lo fueron para ella. Que la plegaría y la cercanía de todos acompañen siempre a los sacerdotes en el ejercicio del ministerio pastoral", que no consiste en otra cosa, como el de Cristo, sacerdote de la Nueva Alianza, Cabeza y Pastor de la Iglesia, que en traer a Dios, revelado y dado enteramente en Jesucristo, en la predicación del Evangelio, en los sacramentos, particularmente en la Eucaristía, y en el servicio de la caridad pastoral que trasparenta Dios que es Amor y ha suscitado sacerdotes conforme a su corazón.

Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia